



asociación  
uruguaya  
de psicoterapia  
psicoanalítica

El viernes 16 de octubre se llevó a cabo la actividad científica denominada *Leyendo «El malestar en la cultura»*, a noventa años de su publicación.

Dicha actividad fue coordinada por el licenciado Daniel Pereira, integrante de la Comisión Directiva de Audepp. Contamos con la participación del psicoanalista Gonzalo Percovich (ELP) y la doctora Silvia Flechner (APU).

En la apertura de la actividad, Pereira refiere al título como un encuentro de dos movimientos: escritura y lectura.

Pensar la escritura como acto; acto que puede atravesar tiempo y espacio, cuestiones de lejanías próximas (ausencia de presencia) y de cercanías distantes (presencia de ausencia), conceptos que Walter Benjamin atribuía al Aura y a la Huella respectivamente, las cuales circulan a través de metáforas y metonimias que nos traen las músicas y los gritos de cada época.

El texto de Freud, nos dice Pereira, es un texto abierto que intenta seguir dando cuenta de nuevas articulaciones entre nociones y conceptos que Freud ha producido y desarrollado a lo largo de su obra.

Texto, podríamos agregar, que revela bordes, resquicios, rendijas que permiten interrogarnos sobre la condición humana, siempre en tensión y en antagonismo. Sujeto inmerso en la subjetividad de su tiempo, ceñido ante «la condición incierta y vertiginosa de los modos de vida imperantes».

«¿Qué malestar se despierta en la cultura? ¿Se podría leer *El malestar en la cultura* como el goce habitando lo social?», concluye Pereira.

Percovich destaca que es una obra que mantiene vigencia produciendo un viraje relevante. Se interroga sobre la idea de lo contemporáneo y del valor contemporáneo del texto. Nos acerca un artículo de Giorgio Agamben (2008) para quien

la contemporaneidad es una singular relación con el propio tiempo que adhiere a él y a la vez toma distancia... a través de un desfase y de un anacronismo, aquellos que coinciden demasiado plenamente con la época que encajan en cada punto perfectamente con ella no son contemporáneos, porque justamente por ello no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella. Puede decirse contemporáneo solamente a quien no se deja engeguercer por las luces del siglo y alcanza a vislumbrar en ella la parte de la sombra, su íntima oscuridad.

Tomar distancia será necesario para no quedar engeguercidos por las luces de lo contemporáneo sin desconocer lo que sucede en el presente.

Percovich destaca tres ejes del texto: la situación de Freud en ese momento, sus últimos años de vida y la situación histórica (particularmente en Viena).

Esta obra no hay que considerarla como una cosmovisión; Freud no pretende dar cuenta de lo que está sucediendo en el mundo. La obra hay que plantearla en su carácter fragmentario, aunque hay términos que podrían inducirnos a un perfil filosófico, pero el propósito de Freud no era ese.

Otro aspecto a destacar es que en ese mismo año Freud recibe el premio Goethe, el cual despierta una emoción muy grande en él. Se destaca este aspecto porque no es solo lo que dice, según Percovich, sino cómo lo dice. Es un texto en el cual el lector se siente convocado «es un texto que tiene carne», que nos confronta con la vida misma, las penas, las pérdidas.

Percovich destaca y profundiza en dos aspectos: uno está centrado en lo que Freud entiende por cultura, si el hombre se va a transformar en un Dios prótesis o no, y el otro es en la frase «debes de amar a tu prójimo como a ti mismo».

Freud da prioridad al término *cultura* y no *civilización*. Se entiende por civilización en un horizonte más universal para toda la humanidad, mientras que la cultura tiene una dimensión más del orden de lo singular de cada pueblo (tradiciones, religión, lengua).

En esta elección que Freud hace priorizando un término sobre el otro hay, nos dice Percovich, una historia política. En la primera guerra mundial, Freud, con sus dos hijos que van a la guerra, se entusiasma en el bando de Alemania, pero rápidamente en 1915 cuando ve el horror de la guerra se desdice de lo que había dicho de estar a favor de uno de los bandos, escribiendo los textos «dolorosamente hermosos» sobre la actualidad de la guerra y la muerte. Textos que conmueven y que nos hablan, nos dice Percovich, de la desilusión y del horror que produce una guerra entre culturas. Freud denuncia que hay naciones que tratan a otras de bárbaras y se erigen en los pueblos civilizados. Aquel pueblo que se instituye en el adalid de la civilización es aquel del que hay que sospechar más, ya que porta ideales elevados.

Este es un aspecto que induce a Freud a hablar de cultura y no de civilización.

Desde una mirada contemporánea, prosigue Percovich, estamos en un tiempo donde la cultura y la civilización son conceptos que están siendo interrogados tal vez por los cambios tecnológicos y económicos y por la globalización. La advertencia de Freud nos lleva a pensar por ejemplo cuando la civilización occidental se erige en la garante de la democracia, de los valores humanitarios. La vigencia de esta advertencia en la actualidad se podría pensar en relación a la globalización como una suerte de homogeneización del mundo; sin embargo, nos dice Percovich, si hay tensiones es por la gran diversidad de formas de vivir y de maneras de concebir el modo de vida.

Freud parte, prosigue Percovich, de una definición de tipo utilitarista: el sujeto habitado por el desamparo necesita proveerse, resguardarse y agruparse para ejercer su dominio sobre la naturaleza y crear las condiciones que se necesitan para vivir (*ananké*).

Ya en 1908 Freud habla de cultura en *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna*, texto en el cual escribe sobre la cuestión de la modernidad, ya que a principios del siglo XX varios

filósofos se interrogan sobre el efecto de la modernidad en la vida subjetiva. El avance tecnológico produce cambios en la subjetividad de la época. Freud ya en ese texto se está interrogando sobre este aspecto. Destaca que no es el avance tecnológico el nudo de tensión en la vida cultural, sino que el eje pasa en la idea de que la cultura se edifica sobre la sofocación de las pulsiones.

Estableciendo, nos recuerda Percovich, un doble juego, una doble tensión necesaria e indispensable.

Para que el sujeto pueda vivir en sociedad tiene que cercenar algo de sí: las pulsiones. Es decir, hay algo de la pulsión sexual que tiene que tomar otras vías para que sea posible la vida en sociedad. Allí está el germen del malestar, es decir, ese precio que hay que pagar nos ubica en el malestar. Un malestar que es difícil de discernir porque va a depender de cómo cada sujeto lo resuelva, para lo cual se tiene que privar o buscar algún canal para que eso tenga otro andamio.

La experiencia analítica es lo que le interesa a Freud, el porqué del sufrimiento de los sujetos y de su infelicidad, revelando para Freud que la felicidad es algo puntual.

El otro aspecto que Percovich aborda es la idea que surge del texto del Dios prótesis, y cita a Freud. Esta idea es muy contemporánea ya que el hombre está cambiando a causa de los efectos que produce la tecnología. Cita a Donna Haraway, quien trabaja la idea del *cyborg*, la cual sostiene que la naturaleza humana se está transformando, mutando, por los implantes en nuestro cuerpo. La autora sostiene que en este tiempo somos todos *cyborgs*, ya que el humano ha incorporado a su cuerpo implantes y esto nos diferencia, nos hace distintos al hombre de otras épocas.

Si tuviéramos que vaticinar lo que Freud sostendría en este punto, para Percovich el énfasis, el relieve, estaría en el Eros o en la dimensión de destrucción que podría generar la tecnología.

Percovich se pregunta: «Si fuéramos todos *Cyborgs*, ¿qué Eros, qué erótica se crearía?»

Percovich aborda el último punto, el mandamiento «amarás al prójimo como a ti mismo». Freud, a punto de partida de su experiencia clínica y de observar el sufrimiento de los pacientes, se da cuenta de que hay algo que insiste, algo inasible, que va más allá del principio de placer y que tiene para él una enorme relevancia. Lacan llamará goce a eso que no se puede anudar y que produce sufrimiento en el sujeto. Por esto, decir en 1930 «amarás al prójimo como a ti mismo» constituye una falacia, nos dice Percovich; lo que Freud pone en cuestión en esta crítica cultural es a la civilización judeocristiana occidental. La condición humana está habitada de egoísmo, el sujeto es depredador, está tomado por el poder, el hombre es el lobo del hombre. Lo que el sujeto no puede tolerar en sí mismo es ese aspecto salvaje que lo ubica en el otro, y que Freud conceptualizará luego en la instancia psíquica a la que denomina *superyó*.

Finalmente, Percovich nos recuerda a Lacan en su seminario *La ética* que la obra de Freud nos brinda ciertas guías, y esas guías que nos da en el texto *El malestar en la cultura* son centrales «porque lo que está en juego es el problema del goce, y es eso lo que él entiende central en la experiencia analítica».

Flechner inicia su exposición recordándonos la concepción de Freud acerca del prójimo como posible auxiliar y objeto sexual. Ese otro se constituye en una posible tentación para satisfacer en él la agresión, usarlo sexualmente, desposeerlo, infligirle dolores, martirizarlo, etc. «El hombre como lobo del hombre.»

En esta obra, según Flechner, Freud destaca el descontento inherente al pacto social en la entrada a la cultura, obligándonos a las renunciaciones, a la represión de las pulsiones, y nos compele a sosegar nuestros impulsos. Nos revela una imagen muy completa y acertada de la naturaleza humana y de la cultura y vida en la sociedad, describiendo y profundizando en las tres bases del sufrimiento: el cuerpo y su decadencia, el mundo exterior y su implacable incertidumbre y las relaciones con los semejantes.

Flechner plantea a modo de hipótesis que las diferentes situaciones que vive el ser humano se relacionan con el *retorno de lo traumático*, la repetición de circunstancias atroces nos convierte en *seres desmemoriados* dando cuenta de la fuerza y el poder de la compulsión de repetición en la esfera individual como en los colectivos sociales.

Otro eje temático que desarrolla, también a modo de hipótesis, es el efecto inconsciente de la transmisión psíquica de las generaciones, la repetición inconsciente de esas transmisiones psíquicas de nuestros ancestros y su influencia en el presente.

Cita a un psicoanalista, Rachel Rosenblum, el cual sostiene que las grandes catástrofes históricas se reconocen por el silencio estupefacto que dejan en su estela, silencio que a menudo no se desvanece, dando lugar a las falsificaciones de la memoria, lo que Flechner llama *desmemoria*. Esta sostiene que algunos de los efectos de este malestar se encuentran en la obra citada de Freud como ansiedad generada por una satisfacción insuficiente de la pulsión combinada con culpa y agresividad. El malestar actual de la civilización parece conducirnos a la repetición de situaciones parecidas incluso antes de los noventa años, nos dice Flechner. El tiempo actual revela sentimientos de insatisfacción, de vacío, y sensación de que el tiempo se acaba, un tiempo que impide metabolizar y dar lugar al pensamiento, induciéndonos en forma permanente a la acción.

En estos tiempos de profundas transformaciones tanto en lo sociopolítico, cultural y en el campo de la sexualidad, el «retorno de lo traumático» para Flechner tiene una importante relevancia, mayormente el que está referido a situaciones de crueldad y de barbarie. Hay abundantes ejemplos que se encuentran en la narrativa por parte de la cultura, escritores que nos han dejado su escritura y plasmado en ella los sufrimientos vividos por ellos mismos en situaciones de masacre y genocidio (el parricidio de Dostoievski, el matricidio de Joyce, entre otros). Muchos de los escritores que han escrito sobre la violencia y el horror vivido, escritores sobrevivientes de genocidios y holocaustos, han sido arrastrados, barridos, aniquilados poniéndole fin a sus vidas (Primo Levi y otros). El relato

no es solamente testimonial, sino que detrás de él hay otro relato que dice de lo que se ha hecho o de lo que no se ha hecho, y aquí está la dimensión de la culpabilidad que no queda por fuera en ningún texto de Freud, especialmente cuando habla de las Neurosis.

Como ejemplo del horror, de la muerte, de las pérdidas, Flechner comparte un cuadro de Blanes «Un episodio de la fiebre amarilla» (1871), en el cual el artista nos permite a través de su obra ser testigos en parte de nuestra historia. Este cuadro es más que nuestra historia, adquiere un carácter universal en la historia de tantos niños que han perdido a sus padres, niños que han vivido en situaciones de guerra, genocidio y desastres producidos por la naturaleza, es la historia de las epidemias. La fiebre amarilla, nos dice Flechner, es un ejemplo más del dolor de los finales y las pérdidas. En la actualidad es un virus que lo llaman *Covid-19*, pero que sería más interesante llamarlo *Corona*, ya que alude a su poder y logra contaminar a presidentes, príncipes y nobles por igual, a aquellos que portan aún en pleno siglo XXI coronas de piedras preciosas de un valor incalculable, atrapados en su propia nobleza.

La pandemia, prosigue Flechner, nos ha instalado en un trauma colectivo. Un virus ínfimo que nos lleva al aislamiento en sus diferentes grados y que tiene la capacidad de dismantlar nuestras certezas, nuestros sustentos emocionales, físicos, sociales y económicos. Un virus que se propaga a través de los afectos y penetra en los intersticios de nuestra intimidad, con las personas más cercanas, con los abrazos y los besos, y nos transforma en los frustrados deseantes de todos aquellos contactos afectivos corporales, demostrando así el virus todo su poder de separarnos cuando queremos estar juntos.

Otro de los ejes que Flechner aborda es la agresividad y la violencia como parte de la condición humana y no solo como una proyección. Hoy la violencia parece un sustrato cotidiano sobre el que se construye, la subjetividad de niños y adolescentes como una nueva forma de socialización, un modo de relación que remite a un modo de expresión fallida de lo simbólico.

Flechner aborda como otro posible malestar a la tecnología, que a pesar de que ha borrado el espacio público físico y posibilitando una comunicación permanente, se pierde la riqueza de la presencia física, del cuerpo del otro. Y cuanto más dependemos de ella, menos creativos nos volvemos.

Para los analistas y psicoterapeutas sigue siendo la presencia y la ausencia, la escucha, la palabra, el cuerpo y sus expresiones, la transferencia y la contratransferencia, el inconsciente y la sexualidad, la fantasía, las bases psicoanalíticas con las cuales nos hemos formado a lo largo de años.

Finalmente, Flechner aborda el drama de lo íntimo y lo privado, y el riesgo de transformar nuestra intimidad en un actor público a través de las redes sociales.

Para llevar a cabo un tratamiento analítico será indispensable mantener las condiciones de un soporte afectivo, «esa relación transferencial, ese lazo que hoy entendemos mejor al descubrir una vez más cuánto une a pesar de la distancia el espacio que cada paciente nos da en su psiquis».

Reseña elaborada por la Lic. Mariana Rubio (integrante de la Comisión Científica)